

MI CARIBE**(Notas para una improbable autobiografía)**

Ramon Illán Bacca

[\[rbacca@uninorte.edu.co\]](mailto:rbacca@uninorte.edu.co)**Resumen**

Un escritor aborda su vida desde la disciplina histórica. Hurgando su pasado, el autor busca en sus obras escritas, los recuerdos y anécdotas que sirven para explicar su trayectoria académica y literaria, los libros de los escritores que lo marcaron, los lugares de la geografía que recorrió y los personajes que conoció, en un interesante ejercicio de historia de vida, que bien puede ser tomado en cuenta por los especialistas de las ciencias sociales. Illán Bacca vincula en este relato los mundos que sus ojos han visto en el pasado, y que con su pluma reverberese. Memorias publica con honor la -que su autor ha tildado de “improbable”- autobiografía, de quien ha recibido recientemente el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar a Mejor Artículo Cultural, por el prólogo de la reedición de “Voces”-proyecto de investigación histórico de rescate-, publicado en la revista literaria colombiana El Malpensante.

Palabras claves: Historia de vida, memoria, anécdotas, recuerdos, autobiografía

Abstract

A literary writer approaches his own life from the historical perspective. Looking into his past he/she searches in his written works the memories and anecdotes that are necessary to shed light on his/her academic and literary background, he also searches the books of other authors that made an imprint on him, the places that he wandered through and the characters that he met personally. This all done under a very enlightening life-history pursue which very well can be taken into consideration by specialists of the social sciences. Illan Bacca conjugates in this essay the different worlds that he has seen through his own eyes in the past and that his pencil has brought light on to. Memorias is proud to present his autobiography – which the author himself has deemed “improbable”- a work from a recently acclaimed Simon Bolivar Awarder of the National Press in the category of Best Cultural Essay, a prologue in the reedited of “Voces”, a literary historical project of bringing to the world the original publication edited by Ramon Vinyes at the beginning of the XX century, published in the colombian literary journal “El Malpensante”.

Key Words: Life history, personal memories, autobiography

Siempre me ha asombrado cómo, al combinar 24 sonidos, algunos signos de puntuación y soñar, se puede construir un mundo, o sea, una novela.

Sin embargo, a diferencia de muchos de mis colegas que tuvieron el mentor que les indicó el camino de las buenas lecturas, el mío estuvo sembrado de extravíos. En mi infancia –en una quinta frente al mar, donde vivía con unas tías victorianas no había sino una vitrina con algunos libros de la condesa de Segur, de Rafael Pérez y Pérez, Concha Espina y otros, de los que solo recuerdo la lectura de “El pequeño Lord”. El esplendor de la novela rosa como se ve.

Sin embargo, en una gaveta de una cómoda, encontré “La Atlántida”, con una diosa – reina legendaria en la mitad del desierto. Y también “Ella”, una inmortal que al preguntarle porque estaban tan desgastadas las escaleras de su palacio contestó: *De tanto subirlas y bajarlas en los últimos mil años.* Después de terminado el libro no pude dormir pensando en la muerte de Ayesha al entrar por segunda vez en el fuego de la vida y ser reducida a cenizas. Había tentado a la eternidad y fue castigada.

Este mundo con películas de Shirley Temple y con un retrato de la reina Astrid de Bélgica en la sala, afortunadamente era contrapesado por los dramones mejicanos que veía en el gallinero del “Rex”, al que llegaba por las noches escapándome por el techo. Luego pasé al seminario de Santa Marta en donde las novelas edificantes del padre Coloma y las biografías de los santos y mártires me acompañaron durante largos cuatro años. Solamente pude oponerles la lectura clandestina de libros de capa y espada y los de “La colección galante” (aquellas que en su contratapa decía “Sí usted busca aquí pornografía no la encontrará solo publicamos obras de un moderado erotismo, pícaras y salaces”)

Un buen regalo fue el “Diccionario filosófico” de Voltaire, dado por un tío descreído y anticlerical, la oveja negra, libro que aún conservo y que fue mi vacuna frente a todos los fundamentalismos. Tal vez un escepticismo saludable también se lo debo a su lectura.

Si alguna vez quisiera escribir una autobiografía literaria me referiría a cómo mi bachillerato estuvo lleno de prosa memorizada. De Marco Fidel Suárez me tocó

aprender textos marmóreos que el autor había pulido durante veinte años; aprendí poemas patrióticos de Miguel Antonio Caro y se nos impuso el juicio de ser la gramática la reina en el campo de las letras. Con el advenimiento del Frente Nacional las cosas mejoraron, pero lentamente. En el Medellín de entonces, donde cursaba mis estudios universitarios, leí “Sexus” de Henry Miller, traducción hecha por Alberto Upegui Benítez, lo que le ocasionó la persecución de las autoridades, que sacaron los ejemplares de los estantes de las librerías para decomisarlos.

O sea, que mi bachillerato y primeros años universitarios los pasé en un “humanismo de sacristía”. Nos tocó a los de mi generación ponernos a grandes zancadas en la hora del mundo. En algún momento leíamos atropelladamente a Sartre y Camus, en “La náusea” y “El extranjero”. A Henry Miller, que había escrito en el París de los treinta su “Trópico de capricornio” en el Medellín de principios de los sesenta lo leíamos como una revelación. Al mismo tiempo leíamos a Jack Kerouac, “En el camino” y “El arcángel negro”, y todo lo que nos llegaba de los beatnicks norteamericanos. “El aullido”, de Allen Ginsberg, lo conocimos vagamente en traducciones de apartes, pero lo hicimos un himno nuestro. A principios de la década había periódicos que ponían con el mismo tipo de letra y en la misma forma destacada los titulares: “Solemne consagración de la virgen de Chiquinquirá ayer en Envigado” y “Gagarin primer hombre en el espacio”. Al final de ella hacíamos eco a la consigna que gritaban los manifestantes en el París del 68: *La imaginación al poder*.

Mis primeros intentos literarios son sin duda las cartas que desde Medellín enviaba a mis tías para que me aumentaran la asignación mensual. En la mayoría de los casos no dieron resultado.

Fui testigo del nacimiento del Nadaísmo y del fervor que despertó la revolución cubana en sus primeros años. A pesar de tener un moderado entusiasmo por ambos fenómenos no me salvé de ser expulsado de la universidad confesional pues el rector me calificó de “manzana podrida”. Todos esos vaivenes motivaron que mis tías me quitaran el apoyo y entrara al reino de la necesidad del que más nunca he vuelto a salir.

De cómo me inicié en la escritura

Terminé Derecho en la Universidad Libre de Bogotá. Y cuando estuve de juez promiscuo municipal en Fonseca, La Guajira, tuve mucho tiempo para leer. Pude terminar “La guerra y la paz”, “A la búsqueda del tiempo perdido” y “La tumba sin sosiego” entre otros libros. Era insólito leer “El otoño de la edad media”, y pensar en catedrales góticas a 40° bajo la sombra mientras por la carretera vecina y con estruendo pasaban los camiones llenos de contrabando.

Al regresar a la capital e intentar graduarme ingresé al Incora. Al principio fui abogado de baldíos en el Catatumbo y después en los Llanos Orientales. Leí mucha poesía -*Descansar en lo inseguro es estar en el mismo ser de la alegría*, decía Emily Dickinson-. En algún momento alguien me recomendó para que fuera trasladado a Bogotá a la sección de publicaciones. Tenía que escribir sobre los búfalos de agua, los dromedarios que se importarían para La Guajira y los cultivos de ipecacuana en Manatí. Tenía como jefe a una señora master en periodismo agrícola de la Universidad de Michigan. Allí ella había aprendido que uno tenía que emplear mil palabras que eran la terminología básica campesina. Si uno tenía mil y una palabras, ya era un lenguaje complejo. Como según parecía mi vocabulario era de dos mil palabras, debí retirarme, porque no tenía ni motivación agrícola ni redacción simplificada.

Regresé a la Costa y me inicié en el periodismo escribiendo columnas culturales para periódicos, primero en Santa Marta, y después en Barranquilla.

En mi fugaz paso por una secretaría de la gobernación, lo único que recuerdo es que al ser comisionado para coronar a una reina del Magdalena, no empleé el tradicional y largo poema de alabanzas a su belleza sino que dije: *Josefina en esta época de guitarras electrónicas y minifaldas se imponen los minidiscursos. Te declaro la mujer más bella del Magdalena*. Total cincuenta y nueve segundos.

Después empecé en Barranquilla a ejercer la profesión de abogado con variada fortuna, llegó un momento, sin embargo, en que a la angustia de no tener los ingresos para una congrua subsistencia se añadió una profunda disnea que no me dejaba respirar. Me hice unos exámenes y en lo físico estaba muy bien la cosa era mental. Me recomendaron un

psicólogo. Fui donde un siquiatra amigo mío y me dijo: *Tu piensas que te estás ahogando y lo somatizaste, de verdad físicamente té estas ahogando, tienes que cerrar esa oficina.* Y añadió: *¿Qué otra cosa sabes hacer?*. Le dije: *Podría dictar clases y me gusta escribir pero de eso no se puede vivir.* Entonces me dijo: *Cierra la oficina, ponte a dictar clases y a escribir, no te asfixiarás pero te morirás lentamente de hambre.* Eso fue lo que hice, se me quitó la disnea y aún sobrevivo. Decidí pues entrar a la vida universitaria.

Ingresé primero a la Universidad del Atlántico, pero a la tercera clase de historia universal, un estudiante me preguntó: *Profesor, defínase ¿usted es científico o idealista?*. Le respondí un *digamos que mitad y mitad.* Fue una equivocación, pues me declararon persona no grata, colocaron pupitres a la entrada del salón, y hasta me apodaron el profesor fifty – fifty -Por lo menos en eso había humor-. No podía seguir en la universidad en esas condiciones. Muchos de los estudiantes que más gritaban después los vi repartiendo votos para los gamonales políticos tradicionales.

Así que me retiré de la Universidad del Atlántico y entré a la del Norte como profesor de derecho laboral. Al mes me hice el racionamiento: *¿Por qué dicto materias de Derecho? Es como si un cura que cuelga la sotana se pone a dar clases de religión.* Cambié de materia. Así que me dediqué a lo que me gustaba: La literatura en las clases y en el oficio.

Marihuana para Goering

En los setentas, y ya establecido del todo en Barranquilla, constituí con otros amigos la llamada “Comisión coordinadora” que dirigía el “Suplemento del Caribe”, uno de los mejores que ha tenido el país. Después de seis años de forcejear con los directivos del periódico que nos consideraban demasiado radicales, con el pretexto de que habíamos publicado un cuento del dueño del periódico sin autorización, nos echaron y quemaron los diecisiete mil ejemplares de ese domingo -los pocos ejemplares que se salvaron están super- cotizados-.

Fue entonces cuando reuní los cuentos que había publicado en el suplemento y aprovechando la oferta de un librero local publiqué “Marihuana para Goering”, en una

esmirriada edición. Eso sí, con la original portada y contratapa consistente en un cartón lleno de chicharras de marihuana que el pintor Efraín Arrieta coloreó. Esa misma tarde de un diciembre del 79, la librería del editor fue embargada. Sólo circularon algunos libros entregados en el local de “Bar – bar - O”. También circularon algunos que algún empleado del juzgado saqueaba y lograba vender a los puestos de libros usados en el Paseo Bolívar. Cuando los veía me hacía embolar y espiaba la llegada de un posible cliente. Al final terminaba comprándolo yo, para regalarlo en un frustrado intento de comprar la fama.

“Marihuana para Goering” es un poco mi experiencia en La Guajira. Es un cuento que fue adaptado al teatro con sólo dos funciones en Barranquilla, en los años setentas. Después, le envié el texto a Jairo Aníbal Niño, por esa época director de la revista “Teorema”, que lo publicó. Por haber sido publicado allí algunos grupos de teatro conocieron la obra y se representó en otras partes. Ese texto tuvo buena fortuna. En ocasiones me encontraba con alguna gente que me decía que había visto la obra en Ocaña y en Mompo representada por grupos estudiantiles. Después supe que también fue presentada en un festival de teatro en el Carmen de Bolívar. Una vez un muchacho fue a visitarme y me dijo: *Sepa que soy presidente de la casa de la cultura Vargas Vila de Codazzi y presenté su obra no sólo en Codazzi sino también en Bosconia, Caracolí, Caracolito, Urumita y El Molino. En Valledupar no quisieron que yo la presentara en la casa de la cultura, después me dejaron hacerlo pero en el colegio La Presentación, y le digo una cosa: fue más gente a ver Marihuana para Goering que lo que representaban en la casa de la cultura. Y ¿qué representaban allí?*, pregunté muerto de la curiosidad. *No estoy seguro pero creo que Edipo Rey de Sófocles.*

“Marihuana para Goering” es hoy un libro imposible de conseguir. Para sorpresa de todos la revista “Semana” en una edición de abril del noventa y nueve y en la que hacía un inventario de los cien mejores libros colombianos del siglo en la sección de los mejores veinte libros de cuentos añadía que debían además tomarse en cuenta los libros “Lo Amador” de Roberto Burgos Cantor, “Marihuana para Goering” de Ramón Illán Bacca, “El desertor” de Plinio Apuleyo Mendoza y “Ángela y el diablo” de Elisa Mújica. No se cómo pudo pasar eso, pero me encantó. A los pocos días me llamaron de la Cámara Colombiana del Libro de Bogotá y me pidieron la obra porque estaban montando un estante con los libros mencionados por “Semana” y que “Marihuana para

Göering” era imposible de encontrar. Mi editor me dijo que ya no tenía ni una muestra. Investigué por Barranquillita –en el mercado público de la ciudad que así llaman popularmente-, todo en balde. Cuando había perdido toda esperanza descubrí un ejemplar del libro en un puesto casi oculto. Al lado estaba un volumen muy ilustrado del Kamasutra. Después de discutir con el vendedor: *Campeón ¿en cuanto me deja éste?*, y señalé el Kamasutra, *tres mil barras*, me respondió. *Y este machucho*, y señalé el mío, *dos mil barras. Está muy caro*, le dije, a lo que me propuso, *bueno, mil*. Lo compré.

El libro llevaba veinte años sin poderse vender. Ese fue el que mandé para la Cámara Colombiana del Libro.

Periodismo y academia

En 1984, la Fundación Simón y Lola Guberek publicó “Cuatro narradores colombianos” en el que estaba incluido. En ese mismo año Eduardo Pachón Padilla me incluyó en su tercera antología del cuento colombiano. Como seguía una clasificación por generaciones me situó en la de los cuarentas, por lo que tuvo que quitarme dos años, pero al mismo tiempo con su lengua incontinente, se lo dijo a todo al mundo.

Esa antología llegó a Checoslovaquia, y en una revista literaria fueron traducidos varios cuentos colombianos entre ellos el mío titulado “Si no fuera por la Zona caramba”. Posteriormente me llegó una carta desde Bratislava, pidiéndome autorización para adaptar el cuento a la televisión. El pago era ciento cincuenta dólares. Acepté, pero Checoslovaquia cambió de régimen y no he sabido a quien mandar la cuenta. También me quedó la curiosidad de saber cómo ven la Fiesta del Caimán en Bratislava.

“El espía inglés” eran tres artículos que había escrito en mi columna “Toque de Conticinio”, en el Diario del Caribe, sobre el perfil de un posible espía en Cartagena, personaje que hallé después de una conversación con Donaldo Bossa.

El escritor, traductor y antólogo alemán Peter Schultze-Kraft llegó una vez a Barranquilla y me dijo: *Estoy interesado en tus cuentos*. Le entregué “Señora

Tentación” (un libro que tiene los mismos cuentos de “Marihuana para Göering” y “Cuatro narradores colombianos”) Acordamos que en dos meses me daría alguna noticia. Así fue, me llamó para decirme: *Me gustó algo que te leí en “Crónicas casi históricas” que se llama “El espía inglés”*. Me preguntó si había posibilidad de volverla un cuento. Me pareció un poco rara la idea pero pensé: *Berlín bien vale una misa*. Entonces lo volví cuento.

Ahora circula en alemán la antología de Peter, que es una compilación que incluye 74 autores desde Jorge Isaacs hasta Mario Mendoza, y que tiene el título de “ Y Soñaron la vida.”.

Luego en la editorial de la Universidad EAFIT se interesaron por mis cuentos y los publicaron con el título de “El espía inglés”. Con ese cuento le estaba rindiendo un homenaje a un relato de Cunninghame Graham titulado “Animula Vagula”, que había leído en “Voces” y también a otro escritor en inglés, Joseph Conrad, a quien conocí tarde, pero después me ha acompañado su lectura el resto de mi vida.

Mis novelas

Deborah Krue

Fue dramático para mí, cuando después de tres años, la editorial decidió picarla para reciclar el papel, ya que por razones de contabilidad interna se necesita desaparecer el producto. Ahora cosa curiosa, Deborah Krue es una novela como dicen en francés: *un succès d'estime*, o como dicen aquí, un libro de culto. Por ejemplo, Sara de Mójica, le dedicó un ensayo en su libro “Constelaciones y redes”; Cristian Valencia estaba exultante cuando la conoció y se preguntaba en su columna de la revista “Cromos”, ¿por qué yo no era tan famoso como Osvaldo Soriano?, eso me halagó. Hubert Pöppel, especialista en literatura de la Universidad de Antioquia, le dedicó un capítulo de su libro sobre la novela policíaca en Colombia, aunque confesó que la portada era tan horrorosa que dudó en comprarla cuando la vio por primera vez.

Dicen por ahí *que no hay peor diablo que el que uno lleva dentro*.

Hay que responder que cuando escribí “Deborah Kruel”, aunque no lo dije explícitamente, pensé en Santa Marta. En ese momento estoy hablando de una Santa Marta muy lejana. Las mujeres, digamos de sociedad, no se bañaban en el mar porque la blancura era un requisito muy especial -*Sé pálida y sé triste, lo demás no importa*, decía un poeta-.

Las muchachas de la “jai” no salían sino a las cinco de la tarde y con un paraguas para que no les cayera ni un rayo de sol. Pero hubo una que había estado en los Estados Unidos que se asoleaba y se daba unas bronceadas intensas. La bautizaron “Brudubudura” (una crema para broncearse) y otros apodos. Salía de su casa y andaba dos cuadras hasta llegar al mar. Pasaba frente al palacio episcopal. Al obispo le daba un soponcio cuando la veía, pero ella seguía su camino sin mosquearse. Se había convertido en una especie de leyenda y cuando yo iba a misa de diez de la mañana de pronto sentía un rumor y trataba de voltear pero mi tía me pegaba un cocotazo para que no lo hiciera.

El rumor era porque había llegado Brudubudura. Porque ella, tenía algunas habilidades para hacer vestidos copiados de los figurines de la época, las modas más vanguardistas, y llegaba con sombreros absolutamente cinematográficos. Para completar la mitología se había casado varias veces. Era un personaje extraordinario en ese entonces. Cuando empecé a escribir recordé todo el anecdotario de Santa Marta de los cuarentas, y se me hizo presente la imagen de las chicas casaderas desfilando por el camellón y sus árboles de almendro cantando “Voy por la vereda tropical”, y en medio del corrillo, Brudubudura, como la mala de una película japonesa y desentonando.

Para volver la historia un poco más interesante la convertí en espía y empecé a leer una cantidad de cosas sobre la Segunda Guerra Mundial, entreverándolas con recuerdos de mi infancia sobre la guerra. Recordé que cuando tenía como cuatro o cinco años, la gente iba a donde “el cachaco Luis” donde había un radio marca Telefunken grande y viejo para enterarse de las noticias de la guerra transmitidas por la BBC de Londres. Esas transmisiones siempre se anunciaban con un acorde de la quinta sinfonía de Beethoven y luego comenzaban las noticias sobre los aliados.

Todo el mundo acudía a oír esas emisiones sobre la guerra. Además en la Costa se veían cosas que rompían la monotonía, por ejemplo, estaba uno en la playa y aparecía un zeppelin volando sobre la bahía. Todos íbamos a verlo. Se sabía que eran dirigibles que iban desde Panamá hasta el Cabo de la Vela, para ver las manchas de los submarinos que navegaban en esa zona y avisarle a la armada norteamericana.

En un momento dado, durante los primeros años de la guerra, los submarinos nazis estaban hundiendo a todos los barcos aliados que transportaban mercancías o tropas por el Caribe y el Atlántico. Hasta La Guajira llegaban los submarinos nazis para contrabandear la gasolina y el petróleo; existía ese comercio ilícito. Todo esto siguió pasando y se rumoraban cosas. Nunca eran claros los rumores, sin embargo, las noticias de boca en boca funcionaban a las mil maravillas y todos agregaban algo a lo que habían escuchado. Esos son precisamente los recuerdos de mi infancia llenos de rumores.

Decidí que escribiría esa novela y que me informaría bastante. Leí mucho y hubo un momento en que estaba sobresaturado de información. Me pregunté: *Pero ¿por qué estoy zambullido en la Segunda Guerra Mundial si lo que tengo que escribir es simplemente de mi infancia samaria con la guerra como telón de fondo?*

El otro asunto por el que me había interesado muchísimo fue la llamada “Operación Pelicano”, llevada a cabo por los alemanes. Estos adiestraron un grupo comando con el objetivo de armar aviones para bombardear la represa de Gatún y poner fuera de servicio el Canal de Panamá. No sé dónde leí eso, tal vez en una de las revistas cubanas “Carteles” que estaban en la peluquería de Paco, un cubano. Empecé a trabajar esa historia y le escribí a Eduardo Posada Carbó, estudiante en Oxford para esas fechas, pidiéndole que me mandara información sobre la guerra secreta del Caribe, porque esos archivos habían sido abiertos. Se demoró como dos años en enviarme algo. Cuando recibí la información ya había escrito la Operación Pelicano, pero en ella venía el dato de un agente británico, que se llamaba Tony B. Sanders, que me permitió confirmar mucho de lo que había leído y escuchado sobre el asunto del espionaje y de la presencia nazi en el Caribe durante la Segunda Guerra Mundial. Sanders escribió una relación de los barcos que en La Guajira estaban ayudando a los alemanes. Los agentes británicos registraron cuantos viajes hacían estos barcos, cuánto se demoraban y qué cargamento

traían, y si estos datos concordaban con el tonelaje que tenían o resultaba inferior al tonelaje de partida. Por eso, los británicos pensaban que en alta mar se hacía transporte e intercambio de combustible. Había unos barcos o submarinos, que los llamaban “las vacas lecheras”, que recogían la gasolina para otros. A los submarinos que daban vueltas por el Caribe los llamaban los “lobos del mar” y eran los que se nutrían del combustible de las “vacas lecheras”. Todos estos datos me llegaron tarde: ya había escrito la Operación Pelicano y, al confrontarla con la información, apenas si corregí algo y me dije: *Bueno, ya está listo y esto solamente corrobora que no estaba tan perdido.*

La improbable Deborah

Se puede decir que la novela fue como un barco a punto de naufragar ante tantos escollos. A pesar de los muchos sobresaltos y la inseguridad que me producían, decidí escribirla. Le mezclé diligencias judiciales –porque aún era abogado en ejercicio-, frases de alguna lectura, porque siempre apuntaba algo que me había llamado la atención, que había oído algo en la calle, algún dato histórico interesante, un pequeño apunte, alguna joya preciosa de alguna crónica que me había gustado y de la que yo hablaba con frecuencia. Sin embargo, pasaba el tiempo y no escribía una sílaba, aunque en todas mis libretas encontraba apuntes como éste: *¡Ojo, leer a “Isis sin velo” para idear a la pitonisa!*. Esta situación siguió así hasta que un día me dijo un amigo, Roberto Montes Mathieu: *Tu novela no se va a llamar Deborah Krueel sino La Improbable Deborah.*

Eso me ofendió, me dolió el comentario, pero él tenía razón porque teniendo todo para hacer la historia, no me decidía.

Me pasaba lo mismo que con algunas películas que se anuncian en los cines de Barranquilla: Proyectan cortos y avances, pero se demoran hasta un año para llegar a exhibirse. Escribía cuentos y artículos que vislumbraban un tema más amplio, con mayor respiración, pero la novela no llegaba. En cierto momento estuve completamente enredado. Como quería hacer una novela con fondo histórico, pasaba horas en las hemerotecas indagando para sacar algún pequeño dato desechable, como las máquinas que remueven toneladas de tierra para sacar una pepita dorada. Ahí es cuando se comprueban las desventajas comparativas al investigar en Barranquilla: No hay una

buen hemeroteca, no hay un archivo fílmico bueno, no hay una colección buena de fotografías. Hay algo contra el pasado. Con la inmensa desventaja de no tener mucho en donde buscar, me puse a escarbar y encontré algunos datos para el caso Mamatoco o sobre el hundimiento de un barco alemán en las costas de La Guajira. De pronto y por casualidad leí en El Tiempo una nota que se llamaba “Datos Históricos” sobre los alemanes en Colombia, y ahí estaba todo lo que me había costado tantos meses de rastreo. Lo publicaron en un dominical cualquiera sin hacer alarde porque esos datos los tenían a la mano.

Nunca me faltaron sobresaltos. Estuve durante semanas cortejando a una vieja alemana neurótica e hipersensible, con el fin de sacarle alguna información.

Mantuve la diplomacia con ella para lograr mi objetivo, pero cuando estaba cerca del tesoro, me decía: *Puedo mostrarle unas fotos que le van a interesar pero no sé si debo dárselas, vuelva el próximo sábado.* Cuando estaba ya en un estado de felicidad y ansiedad, esperando que la mujer cediera finalmente, veo que sale un libro titulado “Colombia Nazi,” escrito por Silvia Galvis y Alberto Donadio, donde estaban todas las fotos de los nazis allá en Barranquilla y la información pertinente. Todo lo que la señora ésta me iba a decir ya estaba publicado. El asunto fue que, por un instante, me sentí ahogado y me dije: *¿Ahora qué hago?.* En esos días llegó el escritor R.H. Moreno Durán a Barranquilla y me dijo: *Me ha dicho Germán [Vargas Cantillo] que estás escribiendo una novela sobre los alemanes en el Caribe, pero sucede que ya Sergio Pitol [escritor mejicano] escribió “El desfile del amor” que trata sobre el mismo caso, la guerra en el Caribe.*

La nueva preocupación ahora, además del desánimo que me trajo, fue como conseguirme la novela de Pitol para saber de qué se trataba. Al fin Germán Vargas, que era un buen amigo, llegó de un viaje y me trajo “El desfile del amor”. Lo leí con avidez, pero afortunadamente no tenía nada que ver con lo que yo estaba haciendo. De todos modos, lo que ocurre en Ciudad de México y lo que ocurre en nuestra costa Caribe es diferente. Son dos sociedades tan distintas que un mismo hecho produce resultados igualmente distintos.

Cuando al fin terminé la novela, el sobresalto llegó de donde menos lo esperaba. Se la entregué a un amigo que me dijo: *Tienes que pasarla en computadora*. En ese año de 1987, la computadora individual era una novedad. Este amigo tuvo la novela un mes en su poder y no me la pasó. Después nadie sabía donde estaba el mamotreto, dónde estaba la novela. Allí trabajaban como tres o cuatro personas y nadie sabía de nada, todo el mundo le echaba la culpa al otro. Al fin, por un milagro, y después de dos semanas apareció dentro de un folder que iban a botar. La rescaté y se la entregué a una secretaria de nombre Colombia Chávez. Le dije: *Hazme el favor, te voy a pagar, pásame esta novela*. Cuando estaba por la mitad me la devolvió y me dijo: *No voy a perder más el tiempo, págueme los once mil pesos que me debe y le entrego esto*. Entonces cogí la novela y se la di a un par de amigas y les pedí el favor de que me la pasaran. Cuando me la entregaron empecé a revisarla y encontré que un personaje que en la primera parte se llamaba Colombia, en la segunda parte se llamaba Francia Travecedo. Entonces le pregunté a Colombia: *Cuando tú me transcribiste esto, ¿qué pasó?*. Me respondió: *Es que usted esta empleando el nombre de Colombia para uno de sus personajes y yo no tengo ningún interés en que salga mi nombre en su novela*. Quedé mudo.

Lo malo es que alguna gente de mi generación está leyendo la novela como si tuviera claves y se la pasan buscando parecidos todo el tiempo. Así, me encontré con un médico en Barranquilla y me dijo: *Pero esa “Mona Navarro” en realidad es Raquelita Pereira*. Pero, *¿quién es esa Raquelita?*, pregunté. *Esa que tengo aquí -y me mostró una foto en la que aparecía una rubia glamurosa parecida a Mae Wes-) y añadió: Tú te inspiraste en ella. Lo siento –le dije- pero yo no conozco a esa Raquelita, admito que buena sí está, pero no me pude inspirar en ella*. Afortunadamente, he encontrado que la gente que lee mi obra en el interior del país o mis alumnos que la leen en Barranquilla, que tienen 18 años y ningún referente al respecto, lo hacen como debe leerse y les gusta o no les gusta, sin buscar su correspondencia con personas reales. Algunos apodos sí los utilicé porque me acuerdo que había una muchacha que vivía por los lados de mi casa y tenía un peinado que era un bucle y otro más arriba y otro más arriba y otro más arriba y la habían apodado “mar de leva”. Empleé ese apodo y fue evidente que todo el mundo sabía a quien me refería.

Un concurso bizarro

Después de tantas dificultades, mandé, Debora Krueel, a un concurso de la editorial Plaza y Janés. Tenía ciertas correcciones: Había tenido que tachar y poner en lápiz el otro nombre y eso es malísimo porque si hay algo que los jurados detestan es que les hagan correcciones encima de los textos que les mandan. Lo sé porque yo también he sido jurado. Como al mes después de haberla mandado al concurso, cuando ya iban a dar el fallo, no tenía muchas ilusiones. De pronto, sorpresa, me enviaron un telegrama que decía: *Sírvase reclamar el pasaje para que venga a Bogotá.* Me dije: *Si me envían el pasaje es que mínimo estoy de finalista.*

Cuando llegué a Bogotá, se me había olvidado exactamente adonde era que tenía que ir, llegué a Plaza y Janés. Allí me dijeron: “ La ceremonia no es aquí sino en el hotel Hilton”. Corrí con mi maleta hasta ese hotel, pero nadie me dio razón de nada. Me preguntaba: *¿Qué hago en Bogotá con tan poca plata? ¿Qué voy a hacer?.* Desesperado llamé a algunos amigos a haber quien me daba alojamiento, nadie respondía. Me decía: *¿Cómo es posible que me este pasando esto?* Hasta que reconocí en un transeúnte al gerente de la editorial Plaza y Janés, que iba para el hotel, corrí y me presenté. Me dijo: *Creíamos que usted no venía. Usted tiene una reserva en este hotel.* Regresé, me bañé en la tina, bajé oloroso a agua de colonia y optimista a oír los resultados. Entonces empezaron a anunciarlos. Era por puntos y salí de cuarto. *Bueno, no está mal,* me dije. Después salió la tercera escogida. Era una novela que se llamaba “Ily Imy Iwy”. El solo título me pareció horrendo, *¿cómo van a premiar una cosa que se llama así?.*

El asunto era que el título estaba en inglés y significaba I love you, I miss you, I wish you. Después tuvieron que cambiar el título por el anodino de “Esposa o Amante”. Es una novela al parecer poco leída. Cuando le entregó el cheque del premio ella se levantó y empezó a dar los agradecimientos: “Agradezco porque ésta es la primera vez que una mujer se hace presente en la novela colombiana...” y no sé que más. Lo más simpático era que al lado mío estaba Lucy Barco de Valderrama que había ganado diez años antes con la novela titulada “ La picuá se va”, el Premio Esso de Novela.

Doña Lucy se iba a levantar a protestar y a señalar que la otra no era la primera mujer premiada en concursos de novela sino que había sido ella, pero los familiares no la

dejaron. Yo estaba divertidísimo y disfruté el momento. El segundo premio fue para una novela que se llamaba “Largo ha sido este día”, de un poeta natural de Ciénaga, J. M. Crespo que vive en Bogotá, y el primero fue para Tomás González con “Para antes del olvido”. Eran como unas viñetas, y esa novela si me gustó. Pero creo que Déborah Krueel, merecía mejor suerte en ese concurso. Después con el paso del tiempo Déborah caminó sola.

A mí, cada vez que la leo me gusta más, creo que no esta mal. Porque hay unas cosas que envejecen de manera irremediable y no hay que hacer sino olvidarse de ellas, y hasta avergonzarse. Eso no ha ocurrido con Débora Krueel.

Maracas en la opera

Al principio tenía un argumento que pensaba emplear después de publicar “Deborah Krueel”. Pensaba en algo que me había ocurrido. Yo estaba en un hotel de ninguna estrella en el centro de Bogotá, había tenido un problema doméstico y me había ido a dormir allá. Estando en el hotel, siento en la mañana un ruido y me asomo a la puerta. Veo algunos policías que están sacando de la pieza vecina dos camillas con los cuerpos de un hombre y una mujer. Les pregunto: *¿Qué pasó?*. Me dicen: *Él la mató a ella y después se suicidó*. Esa tarde, leyendo El Espectador, vi que decía: *Cura mata a su amante, y después se suicida*. Cuando vi la foto del homicida, quedé petrificado, era la de mi prefecto de disciplina en el seminario. Quedé absolutamente fuera de lugar. Ahí mismo me dije que tendría que averiguar más datos sobre el personaje.

Alguna vez hablando con amigos les confesé mi interés en esa historia. Había cerca de nosotros una señora vestida de negro cerrado y nos dice: *¿Qué pasa con mi pariente? Ese señor es un miembro muy distinguido de mi familia*. No le respondí y me fui. El cuento quedó paralizado, lo pensaba escribir, pero quedé en blanco. En el fondo, pensé, se escribe para aprender a vivir, para alejar el dolor, para identificarse con otras existencias. *¿Remotas y seductoras?*. No parecía ser este el caso.

No pasó igual en otra situación. Cuando trabajaba en La Guajira, asistí al levantamiento de un cadáver en una ranchería. Hacía un calor impresionante, y

providencialmente se nos acercó una muchacha y nos dijo: *La maestra de la escuela les manda un refresco*, y nos dio el más excelso de los jugos de mango que he disfrutado.

Cuando acabamos la diligencia, el secretario y yo nos acercamos a la casa de la maestra para agradecerle y nos hizo pasar. En la mitad de la mesa de la sala veo la foto de mi papá. *Ajá –pregunto– ¿y qué hace Roque Bacca aquí?* Y me contestó la mujer con todo el candor del mundo: *¿Lo conoce? Si supiera lo buena persona que es mi marido, claro que él como es visitador médico sale mucho de viaje y casi nunca está aquí.* Yo no quise decir nada más. Pero ese fue el detonante de “Maracas en la ópera”.

En esta novela el personaje principal tiene ascendencia italiana. En la costa Caribe y poco después de llegar los italianos, ocupaban un poder social significativo. Todavía los apellidos de origen italiano son en gran parte de clase alta.

Para esta novela hice algunas investigaciones. Por ejemplo, todo lo que ocurre en la Roma del siglo XIX. Tuve que leer mucho sobre todo ese periodo en Italia. Incluso con ayuda de un diccionario me leí una historia de Italia que heredé de Julio Roca y le pedí a un amigo italiano, Cesare Nosseda, que me enviará libros con crónicas de la época, lo que hizo.

Yo me fijo mucho en los detalles. De pronto si en Débora Kruel digo que ella está fumando cigarrillos egipcios marca tal es porque yo leí mil revistas para poder dar esa marca de cigarrillos. Si en Maracas nombro el café “La alondra Canora” en la Roma de fines del siglo XIX es porque este sitio existió, o sea, sigo el consejo de Nábokov, *los detalles, los divinos detalles.*

También en esta novela hago muchas referencias al cine y a la ópera. No se puede olvidar que la epopeya nacional italiana se da en las óperas de Verdi. Algunas veces yo hago alusiones eruditas a unas óperas muy olvidadas que son ciertas. Tengo que confesar que cuando escribo coloco una cortina musical que me separe del mundo. Generalmente es una ópera.

No he cultivado ni en el realismo mágico ni en las exageraciones, sin embargo, cuando me gané el premio de la Cámara de Comercio de Medellín, con “Maracas en la ópera”,

un periódico tituló: *Novela con sabor a patacón gana el primer premio*. Mi primera reacción fue contestar que no tengo nada ni contra el patacón ni contra la arepa sin sal, pero después pensé que revolver literatura y culinaria no era lo más indicado.

En esta novela Amadeo, uno de los protagonistas, es un italiano que viene y se encuentra con el Caribe. Y se queda en parte debido a su inclinación por las negras. Al final se queda y muere frente a Maracaibo. Es al final de cuentas el encuentro de los dos mundos que se dio tanto a principios del siglo veinte. Mi abuelo era italiano. Por lo que me cuentan los mayores en mi familia, él llegó a Puerto Colombia en un barco y se bajó porque alguien lo convenció de que esto era Argentina. Desde ahí empezaron todas las confusiones familiares.

Amadeo representa la alta cultura, mientras que el personaje femenino, Bratislava, se identifica con las maracas y la cultura popular. Un lector me comentó que a ella se le sentía tan saludable como la cerveza que ofrecía.

A propósito de la alta cultura ésta se da entre nosotros en forma muy singular. En los años cuarentas, Santa Marta era una de las ciudades que posiblemente, tenía más pianos en el país. De allí salieron grandes pianistas. El Conservatorio Nacional de Colombia, fue fundado por Honorio Alarcón, un samario, que fue también su primer director. Alarcón fue discípulo de Vincent D'Indy o sea tenía una excelente educación musical. Darío Hernández fue de los que viajó a Bruselas a estudiar. Allí estudió piano y tocó ante la reina Astrid de Bélgica. Sin embargo, cuando regresó a Santa Marta, fue al Centro Social y los amigos que se habían aglomerado con curiosidad a su alrededor le dijeron: *Darío, tócate algo*. El interpretó a Chopin, Liszt, y Beethoven. Hubo un silencio de insatisfacción y al final los amigos le dijeron: *¿Y eso fue lo que fuiste a aprender allá? ¿tú no te sabes tocar puya puyará?* Entonces Darío ofendido cogió y tiró la tapa del piano mientras decía: *Este pueblo jamás me volverá oír tocar una nota*. Y hasta los 90 años que vivió, nunca jamás tocó en público, a pesar de que era el director del Conservatorio de Santa Marta. En su casa mientras practicaba le metía algodón a las cuerdas del piano, y entonces se oía un clap, clap, cuando se pasaba frente a su casa, pero nadie oía tocar una nota.

Casi me bautizaría como un “experto” en cine mexicano. Cuando estaba de juez en Fonseca, La Guajira, hacia 1963 –en esa época no había televisión–, todas las noches veía un doble mexicano. Como estuve dos años vi unas 750 películas mexicanas. Eso me graduó como un “experto”. Cuando niño había visto cine mexicano pero lo veía porque esa era la programación de los jueves en “La Morita” y esos estrenos eran infaltables para la muchachada de la época. Pero prefería los musicales gringos como “Cantando bajo la lluvia” cuya melodía tarareábamos en el camellón. Allá en Fonseca no tenía alternativa. Se tenía que ver cine mejicano necesariamente. Pero lo increíble salta donde no se espera. Vi casi todo el Buñuel mexicano. En mi última novela, “Disfrázate como quieras” le hago un homenaje a esas películas.

En cuanto a las películas de rumberas que también aparecen en esa novela las vi en mi adolescencia. En” Crónicas casi históricas “ hay un artículo sobre las rumberas titulado “Y ahora con ustedes, Tongolele.”. En aquella época, de mi primera juventud, mis influencias eran sobre todo de los cancioneros, del cine mexicano, de las radionovelas, todas esas manifestaciones de la cultura popular que yo combinaba con arias de la ópera cantadas bajo la ducha, el escaso cine europeo que lográbamos ver y la gran novela del siglo XIX que afortunadamente se encontraba en la biblioteca de los amigos o mejor dicho en la de sus padres.

Disfrázate como quieras

Empecé a escribir “Disfrázate como quieras” en el 79. Estaba impresionado por un caso en que como dije antes estaba involucrado un cura, que había sido mi prefecto de disciplina. El tema surgió de nuevo y empecé a escribirlo en unas vacaciones que pasé en Puerto Colombia. Una amiga escocesa, Frances, me prestó su casa. Estuve como quince días allí y escribí unas 70 páginas, pero resultó un bodrio autobiográfico. Dejé ese escrito y empecé a escribir Déborah Krueel, que terminé en el 87. Luego regresé a” Disfrázate...”, pero se me volvió a diluir y terminé escribiendo otra novela, “Maracas en la ópera”, en el 96. Cuando terminé Maracas me dije que no tenía por qué escribir otra novela, que uno no tiene que estar escribiendo porque sí. Un día aparecieron unos cuentos que tenía olvidados en un cajón y que dieron paso al Espía inglés. Me di cuenta de que había cierto hilillo conductor con la historia de “Disfrázate como quieras” que

entonces lo llamaba “¿A dónde vas, Savonarola Socarrás?”, un título demasiado costumbrista.

En el año 2.000 decido que voy a escribir por fin la novela. Quería participar en un concurso internacional porque creía que era necesario ganarme un premio y aparecer en todas las vitrinas de las librerías. Así que empecé a escribirla y me di cuenta de que el gran problema era que estaba escribiendo una novela que giraba alrededor de un muerto, Savonarola, un personaje que además no me gustaba. Le di un cambio y es por eso que “Disfrázate como quieras” gira alrededor del inspector Bruno Manosalbas.

Mi cuento “Un caso para Bruno Manos Albas”, publicado en “El espía inglés” fue una especie de preparación. En las tres historias que confluyen en “Disfrázate como quieras” el personaje que las une es precisamente el inspector Bruno Manosalbas, un abogado de los años sesenta, época marcada por el triunfo de la revolución cubana, la presencia del Che, los Kennedy, la crisis del Caribe en mayo del 62, los Beatles, los jipis, etc.

Manosalbas es un hombre de ideas liberales, en el sentido amplio del término. Está también en la novela la historia de la familia Altapuya para poder tocar otro tema que siempre me ha interesado: El de la clase alta samaria que se desmorona porque son capitales que no aceptan ni un poeta ni un borracho en la familia, porque se acaba el patrimonio. Göering Diaz Granados el protagonista de “Marihuana para Göering” también reaparece en “Disfrázate como quieras”.

Cuando la releo me confirmo que no es una novela policíaca, ni es una novela negra. Ese tipo de novelas tiene que manejar la búsqueda de la solución del crimen, mantener un suspenso, y eso no es esta novela.

Es otra cosa, intenta ser más, aunque el hilo unificador es un crimen. Al comienzo el lector cree que será una novela policíaca con una indagación en toda la trama pero no es así. Hay partes en que cabalgo en la historia como el levantamiento del Partido Comunista en Hamburgo en 1923 y que fracasó por muchas causas. Wolfgang Muller, un alemán octogenario me decía en Barranquilla: *¿Pero de dónde sacó ese dato?, yo era un niño cuando ocurrió, nadie se acuerda de eso.* No quise confesarle que leí sobre eso en un montón de revistas viejas que tenía la antesala de mi dentista.

También hay partes muy cinematográficas como cuando pongo un personaje en Shangai en el año 23, y la atmósfera es sacada de películas de los años cuarenta de aquellas que tenían como productor a Pandro.S. Bergmann como “El esplendor de Shangai” o “El expreso Shangai”, películas que vi en el cine club muchos años después. Pero insisto que no hay pistas policíacas en el título como se dijo en una reseña. En realidad “Disfrázate como quieras” es un nombre coyuntural después de haber pensado en otros.

“Era Marta la reina” era el nombre más ocionado pero el editor pensó que era un título que solamente entendería la gente costeña mayor de cuarenta años. Al final quedó con “Disfrázate como quieras,” que es más universal.

En realidad lo que me interesa mostrar no es la comparsa ni la fiesta sino las máscaras que tiene la vida antes, en y después del carnaval.

Y en cuanto a los escenarios hay una gran verdad cuando se piensa que una ciudad puede ser como una madre perdida.

Yo escribo un argumento y después escribo los capítulos en que voy a desarrollar ese argumento. Lo que pasó en este caso es que encontré que el argumento de la muerte de Savonarola no me daba para una novela sino para un relato largo. Tengo que aceptar que hay pasajes en la obra que son sacados de la memoria profunda. La última parte, donde se esta muriendo Bruno es muy íntima y la escribí recordando toda esa época del seminario. Digamos que ciertas atmósferas las he palpado. La atmósfera de la clase alta samaria la aprovecho en mi obra, aunque de pronto lo que sé de ella es donde están las luces pero no donde se toman las decisiones.

Demoré 25 años para terminar esta novela. El personaje principal lo tuve que cambiar y todo fue lento, muy lento y por último parado. Hasta que se apareció la musa llegó, vio y coronó. No soy autor prolífico pero he escrito tres novelas. Significa que soy novelista. Aunque hay quienes dicen que son novelistas con una sola novela escrita. Siempre he pensado que quien escribe una sola novela, por famosa que sea, es el autor de una buena novela, pero no es un novelista.

Tengo una obra que mostrar pero me han vaticinado que me llegará la fama sin la fortuna. Estoy que me desvelo.

Bibliografía de Ramón Illán Bacca

Novelas

(2002) Disfrázate como quieras. Bogotá: Seix Barral

(1996) y (2000) Maracas en la ópera. Bogotá: Espasa Calpe

(1990) Deborah Krueh. Bogotá: Plaza y Janés.

Cuentos

(2001) El espía inglés. Medellín: Eafit.

(1994) Señora Tentación. Barranquilla: MI editores

(1991) Tres para una mesa. Ediciones La Cifra

(1984) Cuatro narradores colombianos. Fundación Simón y Lola Guberek.

(1980) Marihuana para Göering. Lallemand Abramuck.

Crónicas, críticas, antologías

(2003) Voces 1917 – 1920. Edición íntegra. (Edición y prólogo) Barranquilla: Uninorte.

(2000) Veinticinco cuentos barranquilleros (antología). Selección, prólogo, notas. Barranquilla: Uninorte.

(1998) Escribir en Barranquilla. Barranquilla: Uninorte

(1990) Crónicas casi históricas. Barranquilla: Ceres – Uninorte.